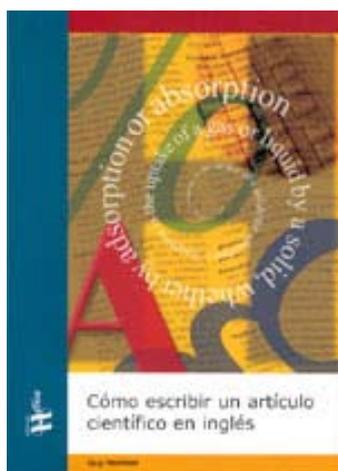


Cómo escribir un artículo científico en inglés

M. Gonzalo Claros*

NORMAN, Guy: *Cómo escribir un artículo científico en inglés*. Madrid: Hélice, 1999; 150 páginas. ISBN: 84-921124-2-5. Precio: 15,63 euros. También está disponible como *e-book* en <www.e-libro.com/>.



Aunque este libro, según su autor, va dirigido a los investigadores hispanohablantes que trabajan en los distintos campos de las ciencias biomédicas y que quieren publicar sus investigaciones en inglés, también resulta útil para los traductores de textos científicos del español al inglés, sobre todo los que no tienen mucha experiencia con este tipo de textos. Guy Norman parte de su

experiencia personal como traductor de textos biomédicos del español al inglés, y hay que reconocer que, aun no siendo el autor español, el libro está escrito con sumo cuidado; algo que es lo mínimo que se puede pedir, dado el tema de la obra, y que expresa el interés de Norman por hacer su trabajo lo mejor posible. El libro se escribió en 1999, pero su contenido sigue siendo válido en la actualidad; sin embargo, es una lástima que el autor no haya elaborado después de siete años una nueva edición en la que se ampliaran los contenidos de la actual. Ojalá se anime después de leer esta reseña.

Una primera impresión nos hace pensar que los contenidos son muy sencillos y básicos, pero, a medida que vamos leyendo el libro, nos damos cuenta de que, dentro de su sencillez, se centra en los puntos clave en los que cualquier hispanohablante yerra cuando redacta en inglés, además de resaltar esas ideas o estructuras que los científicos no reflejamos bien en nuestros artículos, como la diferencia en el uso de las preposiciones que acompañan a *associated*, *dependent* y *related* (pág. 62).

Cabe destacar la excelente idea de iniciar cada capítulo con un breve párrafo (menos de 15 líneas) donde se expone lo que el autor quiere explicar en él y lo que quiere conseguir con su lectura, puesto que permite leerlo de forma más orientada, si el lector así lo desea.

En el capítulo introductorio, además de los objetivos del libro, se recomiendan 1) una serie de herramientas que cualquiera debe tener (esencialmente diccionarios); 2) la estrategia general que se debe seguir a la hora de redactar un artículo

científico; 3) siete «reglas de oro» que se deben tener en cuenta en dicha redacción; reglas que, a su vez, remiten a las páginas del libro donde se trata el tema con más profundidad. Las remisiones son una constante en esta obra, lo que ayuda a tener una visión de conjunto de un tema que aparece descrito en pequeñas porciones aparentemente inconexas.

El capítulo 2 está centrado en cómo conseguir una buena redacción, siempre imaginando que se redacta en inglés, pero los consejos son igualmente válidos para redactar en español. De hecho, mucho de lo que se describe en el libro es válido para las dos situaciones, por eso creo que su utilidad es doble. Valgan a modo de ejemplo las recomendaciones de buscar la precisión en lo que se escribe, no cargar de tecnicismos el texto y organizar correctamente las ideas para que cualquier persona pueda seguir el razonamiento. También se mencionan aspectos que a muchos les suelen pasar desapercibidos, como el hecho de que un texto en inglés suele tener menos párrafos que el texto equivalente en español o que es buena idea usar la primera frase del párrafo como subtítulo, si ha lugar, puesto que resulta frecuente que en inglés los párrafos se consideren prácticamente como un subapartado del título.

El capítulo 3 está dedicado a cómo se organiza un artículo científico, los apartados necesarios y los optativos, dónde deben colocarse los objetivos, puesto que no tienen un lugar explícito, cómo saber cuándo unos resultados van mejor en los métodos que en el propio apartado de resultados, etc. También se incluye aquí una interesante descripción sobre cómo y cuándo construir tablas y figuras, así como el tipo de figura que se debe crear. No me parece acertado, en cambio, que el autor recomiende expresar los datos como tablas, de manera preferente. Lo más interesante es que recomienda dejar para el final la confección del título y del resumen del trabajo.

El capítulo 4 intenta orientar al lector sobre la mejor opción a la hora de redactar su manuscrito: si lo escribe en español y deja que un profesional se lo traduzca, si lo escribe en inglés y deja que se lo revisen, o si lo envía sin revisar habiéndolo escrito en inglés directamente. Esta decisión no la deja a gusto del lector, sino que remite al capítulo noveno, en el que se presentan cincuenta frases con errores gramaticales que el lector tiene que detectar. La cantidad de errores detectados indica la modalidad de escritura que recomienda el autor. Se escoja la opción que se escoja, el libro también recoge en los capítulos 10 y 11 cincuenta frases con errores de vocabulario o comprensión que ayudan a redactar con más claridad los textos, a utilizar un vocabulario coherente y a evitar algunos errores típicos que cometemos los hispanohablantes cuando escribimos en inglés. En relación con esto, los dos últimos capítulos del libro ofrecen un breve, pero jugoso vocabulario inglés-español (capítulo 12) y español-inglés (capítulo 13) con

* Profesor del departamento de Biología Molecular y Bioquímica de la Universidad de Málaga, Málaga (España). Dirección para correspondencia: claros@uma.es.

algunos de los términos que hay que dominar al escribir un texto científico en inglés. Volviendo al contenido propio del capítulo cuarto, es muy encomiable la colección de consejos que el autor, siempre sobre la base de su propia experiencia, da en relación con la manera en que hay que buscar un traductor o un corrector de los textos científicos; y brinda también una serie de claves para saber si el trabajo de traducción o revisión que nos han hecho es fiable, como la literalidad de la traducción, la presencia de errores tipográficos o las interpretaciones erróneas del texto original.

El capítulo 5 es realmente sorprendente, puesto que en él se aborda cómo tratar con el editor de una revista científica. Aparentemente, esto no tendría que ver con la redacción científica, pero démonos cuenta que tenemos que escribir una carta de presentación de nuestro manuscrito y también, posiblemente, cartas de respuesta a la revisión que los expertos hayan hecho de nuestro manuscrito. Además de proponer varios modelos para todos los casos, el autor da una serie de recomendaciones de trato de los editores, del tipo «no abuse de la amabilidad del editor con cartas de reclamación: [...] aunque Ud. tenga razón y ellos no, el editor manda» (pág. 50).

Para aquellos que decidan escribir el artículo en inglés directamente, además de los prácticos aunque cortos capítulos 9 al 14 antes mencionados, el capítulo 6 les ayudará a conocer o refrescar ciertos aspectos gramaticales del inglés aplicados al lenguaje científico, como el uso del artículo, los tiempos verbales, los verbos modales, el abuso de los adjetivos «en caravana» (sic), las diferencias básicas de puntuación entre el inglés y el español y cómo evitar unas confusiones frecuentes, el uso de *if/whether, for/during, as/like*, etc. Es muy recomendable que el lector realice los quince ejercicios propuestos

para que sea consciente de hasta qué punto ha sido capaz de asimilar los conceptos.

El capítulo 7 es una antesala de los capítulos 13 y 14, puesto que se dedica a describir qué términos se consideran jergales, cómo se plantean hipótesis, qué palabras se infrautilizan en inglés y los falsos amigos más frecuentes. Todo ello acompañado de, al menos, un ejemplo en inglés. Se echa de menos una lista más exhaustiva de términos, aunque como introducción es suficiente.

Por último, el capítulo 8 presenta de forma breve una serie de reglas que hay que respetar en el lenguaje técnico; reglas que o no existen en el lenguaje común o son contradictorias con las de este: cuándo escribir un número o escribir la cifra con letras, criterios de precisión de los números, cómo escribir las unidades de medida, el Sistema Internacional y las abreviaturas (sobre esto hay un excelente artículo de Javier Hellín en *Panace@* (2004, 5 [17-18]: 200-207; <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n17-18_tradyterm-Hellin.pdf>) y unas mínimas terminología estadística y nomenclatura estándar. En este capítulo se encuentra uno de los pocos consejos que considero incorrectos, puesto que en la página 79 recomienda utilizar (sic) *10-mL flask* en lugar de *10 mL flask* o lo más preferible, *10 ml flask*.

En resumen, se trata de un libro muy útil para la mayoría de los científicos hispanohablantes que se ven en la necesidad de divulgar sus hallazgos en inglés, y también resulta útil y formadora su lectura para los traductores de inglés a español y viceversa, que acaban de especializarse en las ciencias biomédicas. Su precio comedido invita a comprarlo, y su brevedad, a leerlo casi de una sentada.

El lápiz de Esculapio

Paliza

Manuel González Seoane*

Cualquier aficionado conoce el fundamento del sonido estéreo, pero nadie hasta ahora había sido capaz de relacionarlo con algunas enfermedades —digámoslo así— especialmente delicadas. Nosotros lo hemos conseguido...

Como es sabido, para escuchar música en estéreo adecuadamente debemos situar nuestra cabeza en un punto tal que forme un imaginario triángulo equilátero con los dos altavoces; es decir, debe hallarse un lugar en el cual, al recibir el sonido, el cerebro experimente la alucinación adecuada, que dará como resultado la percepción de que la música surge, principalmente, de un lugar imposible situado frente a nuestra nariz. El más ligero error de posicionamiento eliminaría el efecto perseguido, que no es otro que el engaño auditivo. Es así como funciona. Hay luego otros sonidos menores que sí localizamos en la dirección de la fuente original, pero no son los fundamentales.

Y, ahora, la pregunta: ¿Podría ser también la realidad un espejismo? Creemos que sí. Avancemos. Siguiendo el modelo explicado, ésta —la realidad— sería el fruto de una intersección entre dos proyecciones que originarían una ilusión. Puede aventurarse, por ir un poco más allá, que las informaciones que conforman nuestras vidas se alimentan así de dos procedencias equidistantes, llamémoslas *pasado* y *futuro*. ¿Se dan cuenta? Igual que la recepción del sonido en una posición inadecuada anula el efecto estéreo, una sobredosis de cualquiera de los dos componentes antedichos originaría una percepción de la realidad distorsionada. Se intuye todo un campo científico apenas estrenado. ¡Eureka! Saldremos de aquí algún día.

* Maestro, Vilagarcía de Arousa (Pontevedra, España). Dirección para correspondencia: dombodan@yahoo.es.